

El monje budista Leonard Cohen persigue la belleza

Pablo Espinosa

Ésta es la historia de un hombre que persigue la belleza.

Comienza el 21 de septiembre de 1934 en Montreal, en el momento del alumbramiento. Su madre, Masha Klinitsky, y su padre, Natham Cohen, provienen de familias inmigrantes de ascendencia polaca y lituana. Natham fallece cuando Leonard tiene nueve años y éste, guiado por su intuición, realiza un ritual íntimo: toma de la recámara de su padre una de sus corbatas y junto a un papel donde le escribe pensamientos, la entierra en el jardín de la casa.

Desde entonces el asombro lo conducirá en pos de la belleza en forma de palabras.

El niño Leonard casi cae en éxtasis cuando escucha, durante las lecciones comunitarias, los textos talmúdicos como los generadores de sus primeros deslumbramientos.

En las sesiones corales, lo que llama su atención es la sincronía, la prosodia, el vasto sistema de vasos comunicantes que se tiende ante sus pies, sobre las cabezas de los otros niños, alrededor de la amplia sala de enseñanza y el giro de esos cantos, plegarias, el esplendor etéreo de todo aquello lo pone en órbita para siempre.

Su intuición lo guía ya, de manera franca, en la observación del mundo antes de que pueda formular palabras.

Palabras, palabras, palabras, dice José Carlos Becerra: “el mundo cabe en una palabra porque el mundo no es una palabra / ninguna mirada está consigo misma, / ninguna palabra volverá sobre sí misma, / yo las reúno al azar, las disperso, / las tengo un rato en las manos como objetos tortuosos o puros, / las miro más de cerca, ya no las veo / o veo a través de ellas y entonces ya no hay palabras”.

Las palabras, ¡ah, las palabras!

Son la herramienta maestra de Leonard Cohen para descifrar el mundo, narrar la vida, despertar el asombro y trascenderlo todo.

El universo de las palabras gira alrededor del sol del entendimiento, de entender al otro, de darse a entender, de generar y obtener conocimientos.

Por eso las palabras que utiliza Leonard Cohen son diferentes siempre: sencillas, lineales, ordenadas en delicada, elegante poesía, si se trata de una canción; sublimes, etéreas, refulgentes, si es un poema el que está en cuestión; abigarradas, rombas, angulosas, hirsutas, si se trata de una novela de juventud donde el *free jazz* es un reflejo exacto de esa prosodia tan locuaz, en libertad.

Narrativa, poesía, prosa meditativa, canción, novela son los territorios que transita Leonard Cohen con un pasaporte que le permite traspasar en cualquier momento las fronteras de esos géneros, sobre todo porque el salvoconducto ostenta en su portada un título no honorífico sino real de toda realidad y elevada realeza: Leonard Cohen, poeta.

Trashumante, vago, aventurero, prometeico, milamores, aprendiz, errante pero nunca errático, los distintos nombres que recibe durante sus innumerables viajes conforman su retrato: un vasto mural pintado, dimensiones colosales, sobre la piel de un hombre en realidad diminuto, flaco, hirsuto y espartano.

En su más reciente disco, *Old Ideas*, canta: “Me encanta platicar con Leonard / ese deportista y pastor / Es un flojonazo / que vive en un saco con corbata / ...y que pronunciaría palabras sabias / como lo hace un mono, o un visionario / aunque sabe que en realidad no es nada / más que un pequeño invento producido en un laboratorio... / Camino a casa / me voy sin dolor / en algún momento del mañana / hacia donde

todo es mejor / que nunca / al otro lado de la cortina / y ya sin el saco y la corbata que vestí”.

Imagen, obra y acciones de Leonard Cohen lo disparan del entorno: una figura singular, una obra única. El parangón con Bob Dylan es automático pero la mera comparación lo ubica en un plano diferente si nos atenemos al efecto que sobre las personas tiene la obra de estos dos gigantes: Dylan encandila, mientras Cohen magnetiza.

La mera ubicación geográfica natal propicia en Cohen una vida más apegada a la realidad que la condena de *megastar* que sobre el Dylan titán de la metrópolis cayó desde temprano, y que lo obliga a vivir de incógnito por mucho y se ponga guantes de box en un gimnasio verdaderamente popular del Centro Histórico de la capital mexicana durante una de sus visitas, o bien sea detenido por la policía cuando una vecina reportó a “un anciano mal vestido, de aspecto de vagabundo, en actitud sospechosa” por las calles de Miami.

Montreal, el monte real, en cambio, hace del niño Leonardo un habitante natural del anonimato y al mismo tiempo de las querencias del barrio, el terruño, los lugares más queridos, los vericuetos caminados, sudados, besados y soñados todos los días.

Un pequeño parque, unas canchas, una guitarra callejera. Toda esa era dorada la condensa el viajero del tiempo la mañana del 21 de octubre de 2011 en Oviedo, España, cuando recibe junto a Riccardo Muti y otras luminarias el Premio Príncipe de Asturias y a pesar de no ser el único, fue la figura central y su discurso conmueve, emociona, enaltece:

“Hoy que soy un hombre mayor —dijo el poeta— me doy cuenta de que no he dicho gracias por todo lo que he recibido, así que hoy vengo aquí a agradecer a todos por-

que cuando era adolescente y anhelaba una voz, Lorca me permitió hallar una voz propia, dentro de los estrictos límites de la dignidad y la belleza”.

La belleza, siempre la belleza.

Y contó entonces el poeta en Oviedo aquella tarde de su adolescencia en el pequeño parque y jardín que fue desde su infancia donde un joven tocaba aires flamencos en su guitarra, rodeado de muchachas, y el pequeño Leonard le pidió le diera clases de guitarra y así fue: en la primera sesión el aprendiz fracasó, en la segunda y en la tercera logró aprender una progresión de seis acordes y para la cuarta sesión el joven maestro flamenco no asistió.

Para saber la causa de su ausencia, Leonard consiguió el número telefónico de la pensión donde aquel joven se alojaba: el desconocido se había suicidado. “No supe más de él, ni por qué llegó a Montreal ni por qué salió de España ni por qué se suicidó. Lo que sí sé—dijo en Oviedo Leonard Cohen— es que esa progresión de seis acordes es la base de toda mi música, toda. Y hoy doy las gracias a ese joven y a todos quienes me han ayudado a encontrar mi voz”.

La voz y la palabra: la belleza perseguida.

Un aspecto de la persona de Leonard Cohen motiva a las masas a adorarlo, envidiarlo en secreto, dictar sentencias blandas

o fulminantes: su acercamiento a la belleza femenina.

Le dice a su biógrafo y traductor al español Alberto Manzano en el libro *Palabras, poemas y recuerdos de Leonard Cohen* (Ediciones Alfabet):

“Me pusieron el sambenito de mujeriego. Y como digo en uno de los poemas, ‘mi reputación de mujeriego fue un chiste que me hizo reír con amargura las diez mil noches que pasé solo’. Como si fuera el único hombre que se ha sentido así por las mujeres. Como si fuera la única persona que ha establecido una profunda conexión con el sexo opuesto. He de reconocer que hubo un periodo de mi vida en que mi única obsesión era ganarme los favores de las mujeres. Sin embargo, algunas de las cosas más interesantes y probablemente la mayoría de las cosas que he aprendido de mí mismo y de otras personas ha sido fruto de aquel periodo obsesivo”.

Una de esas mujeres fue Janis Joplin. Fue en el legendario Hotel Chelsea, que en realidad fue un centro cultural pues ahí se alojaban y/o se reunían las mentes más brillantes, los cuerpos fulgurantes, las ideas y el pensamiento más altos y profundos.

La historia de amor duró sólo una noche y quedó para la eternidad en la canción que escribió y canta Leonard Cohen:

“Te recuerdo bien en el Chelsea Hotel / Hablabas con tanto arrojo y dulzura / haciéndome una mamada en la cama destendida / mientras las limusinas esperaban en la calle... / Eras famosa, tu corazón una leyenda / me dijiste que preferías a los hombres guapos / pero que conmigo harías una excepción / Y apretando el puño por los que como nosotros / estaban oprimidos por las formas de la belleza / Te arreglaste un poco y dijiste: ‘¿Qué más da? / Somos feos, pero tenemos la música”.

La belleza. Somos feos, pero tenemos la belleza.

Tenemos la música. Tenemos la poesía.

Un hombre que persigue la belleza que la leyenda urbana lo quiere como un hombre que persiguió a las bellezas.

Para Leonard Cohen belleza es sinónimo de verdad, de respuesta, de sentido a la existencia.

Busca, indaga, persigue.

Encuentra:

En medio de uno de esos periodos de sequía, aridez, mente infértil, que a todo humano atacan, Leonard conoce a Kyozan Joshu Sasaki, Roshi, quien será su maestro zen.

Al principio desesperado, errátil, ingresa al monasterio Mount Baldy Zen Center para toparse con la pared: acostumbrado a otros rigores, no soporta las caminatas descalzo en la nieve, los golpes de vara en la espalda durante las meditaciones, las dietas y todas las reglas del monasterio. Y huye.

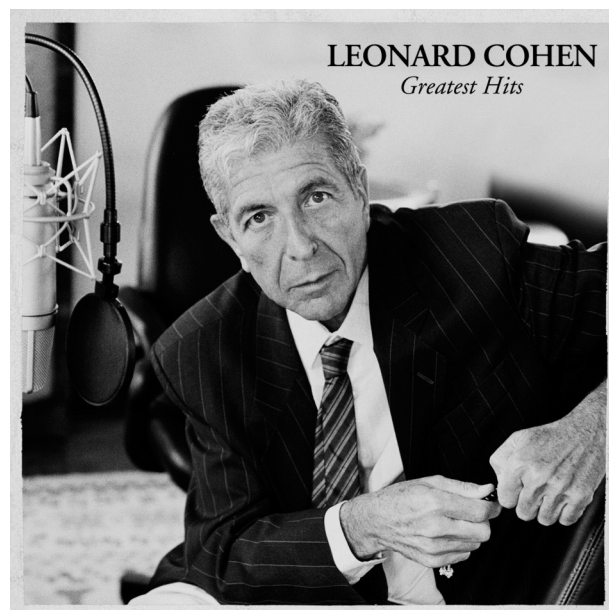
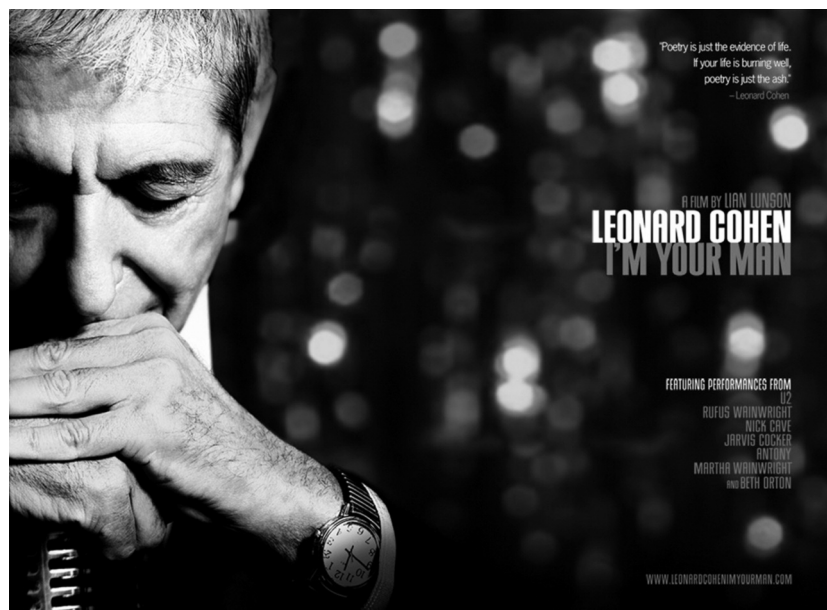
Pero regresa, para que su maestro Roshi le diga todo lo que el aprendiz necesita escuchar para saber que es nadie, que es una persona, que no es Leonard Cohen sino una persona, y entonces ya no es nadie.

Se ordena monje budista. Y remprende el camino. La meditación es una práctica cotidiana, el camino de la vida del maestro Leonard Cohen, su secreto a voces como sobreviviente de la era de los caídos en los altares laicos de la belleza: Janis, Jimi, Bonzo, Jim, *et al.*

Y mientras vive encerrado en el monasterio budista, su antigua representante, Kelley Lynch, enamorada y al sentirse abandonada, a pesar de que Leonard estableció los límites luego de una cortísima temporada de compartición sexual, se fue con los ahorros del monje: más de cinco millones



Leonard Cohen



de dólares. Leonard interpone una demanda, que gana pero ella vuelve a huir y luego resguardada en custodia en espera de la sentencia definitiva pero antes, despechada, había sometido a Leonard al infierno del acoso, cargo que el poeta añade a la demanda. Ella insulta, amenaza.

El poeta que persigue la belleza, perseguido.

Pero está sereno. En el camino.

Antes, a principios de la década de los ochenta, en el sur de Francia se había integrado a una caravana para un estudio a profundidad del Talmud, la obra del poeta místico hindú Kabir, además de los salmos del Rey David.

Como resultado, escribe *El libro de la misericordia* (*Book of Mercy*, 1984), donde mezcla zen y judaísmo, en una colección formidable de textos salmódicos.

Así lo confiesa el poeta: “Tenía mi guitarra y estaba estudiando diversos textos religiosos. Pero no realicé el estudio de manera escolástica. En realidad, sólo estaba buscando consuelo. Y lo pedía de corazón, mediante oraciones. A veces uno se encuentra con la espalda contra la pared, sin nada que decir, y el único idioma que puedes utilizar es el lenguaje de la oración. De modo que escribí este libro de salmos con ese espíritu”.

Como Leonard es un viajero del tiempo, esta historia no es lineal, de manera que ahora estamos en 1961, cuando publica *La caja de especias de la Tierra* (*The Spice-Box of Earth*) con un recibimiento a la medida:

“místico, profano, obsceno, sarcástico, osado” son algunos de los epítetos de bienvenida para el poeta, quien por cierto todavía no grababa ningún disco.

Con sus compañeros de estudio, adolescente, se tomó completamente en serio el oficio de poeta. Largas sesiones de comida, bebida, discusiones literarias, críticas, tallero entre ellos, dieron como resultado poemas tan hermosos como el que inicia así: “Hay hombres / que deberían tener montañas / para eternizar sus nombres en el tiempo”.

Porque, sopesa el poeta, las lápidas de los sepulcros no son lo suficientemente altas ni verdes y los hijos se alejan para perder el puño que la mano de sus padres parecerá siempre.

“Yo tuve un amigo: / vivió y murió en absoluto silencio / y con dignidad, / no dejó libro, ni hijo, ni una amante que le llorara. / Tampoco es esto una canción fúnebre, / sino sólo el nombre de esta montaña / sobre la que camino, / fragante, oscura y delicadamente blanca / bajo la pálida niebla. / A esta montaña le impongo su nombre”.

Como Música y Poesía son hermanas gemelas, el tránsito del oficio de poeta hacia el oficio de cantor de poemas (aeda, era nombrado así, aeda, en la antigua Grecia) estaba zanjado una vez que comprendió el sonido del silencio, cuando escribió *Regalo*:

“Me dices que el silencio / está más cerca de la paz que los poemas, / pero si como un regalo / yo te ofreciera el silencio / (porque yo sé lo que es el silencio) / tú dirías /

Esto no es el silencio / es otro poema / y me lo devolverías”.

Fuentes nutricias: el erotismo, el *hard bop*, las montañas, las mujeres, los pensamientos de los hombres, la prosodia, la dislocación de la prosa para formar montañas de colores y hacer brincar los temas como luciérnagas en el amanecer.

La publicación especializada *Kirkus Review* documenta así la trascendencia de la novela *Hermosos perdedores* (*Beautiful Losers*, 1966):

“Fusiona la sexualidad con la espiritualidad, lo místico con lo profano, lo poético con lo obsceno... una invitación a jugar la ruleta rusa con una pistola fálica”.

En esta novela, Leonard Cohen hace música con las palabras, *free jazz* con los párrafos, convulsiona, alucina, revuelca al lector en un relato fascinante, salvaje, salvajísimo.

El juego de espejos pone ahora al autor en su natal Canadá de los años sesenta, para enseguida dibujar un caleidoscopio a velocidades astronómicas, sin que nada se mueva, sin que crujan las montañas, cuando en realidad todo gira, las montañas se derrumban y del vórtice del torbellino vuelve a nacer todo en el párrafo siguiente.

El erotismo es una fuente de sabiduría, plantea en la novela, sin jamás hacerlo explícito, es una fuente inagotable de conocimientos. La sexualidad, completamente explícita en estas páginas, nos lleva a la sabiduría y la sabiduría nos devuelve al misterio del amor y del deseo.

